

dóse de sus cartas de corrientes y con ellas pudo indicar las diversas rutas seguidas por los aparatos de muerte; fué posible buscarlas, destruirlas y salvar así muchas vidas e intereses, gracias al estudio anterior sobre la distribución del «Plankton».

#### V.—El cultivo de las perlas

ESTUDIANDO los gusanos parásitos de las ostras, se encontró que uno de ellos provocaba la secreción de nácar en la madre perla, y que el gusanillo está envuelto en capas concéntricas de nácar que constituyen la perla, sirviendo como núcleo el gusano parásito.

En otras conchas se encontraron hasta peces recubiertos de nácar. Los chinos, introduciendo entre el manto de la ostra y la concha estatuillas de Buda, las vieron recubrirse de nácar. La formación de las perlas pasó así a ser considerada como un proceso de defensa de parte de la ostra contra la intromisión de cuerpos extraños. ¿Debía el núcleo de las perlas estar siempre

constituido por el gusanito parásito, o podía substituirse por un cuerpo incierto? Las pruebas mostraron que sí. Solamente que los rayos X y otros procedimientos físicos permitían sin destruir la perla poner de manifiesto su núcleo heterogéneo.

Ahora bien, un sabio japonés tuvo la idea de introducir en la ostra núcleos de «verdadera perla». Vió luego estos núcleos aumentar de volumen y convertirse en perlas de gran valor, que a la hora actual constituyen las «perlas japonesas», que se han convertido en la pesadilla de los joyeros que no pueden distinguirlas de las «perlas naturales».

Un collar de perlas, un buen collar de perlas que no podría comprarlo el más adinerado entre nosotros!

Ah! si el profesor de Biología economizase a sus alumnos la fastidiosa historia del gusanillo parásito, del enquistamiento, de la anatomía y la defensa de la ostra, y enseñase a sus alumnos nada más... nada más que a fabricar perlas!

(Envío del Autor).

## LOS BUSCADORES DE MUERTOS

POR TOMÁS BORRÁS

REFUGIADOS en la plaza, detrás de la línea de fortines y de posiciones, al amparo de las púas de las alambradas, mirando hacia el campo, propiedad hoy de los moros, están los buscadores de muertos. Son siluetas enlutadas, de rostro cejijunto y ojos enrojecidos. Los padres y las madres de los muertos.

Después de Annual—la Pavía de Marruecos, pero sin frase célebre—han llegado algunos soldados vivos a la población. Ningún muerto ha sido conducido por brazos fraternales, ni con el honor que se le debe a la Muerte, ni siquiera cruzados sobre un mulo con los brazos atados a las piernas por debajo de la barriga del mulo, como se conduce a los muertos, cuando los muertos no son más que «bajas».

Todos se quedaron allí, de las púas de las alambradas hasta Abarán—ciento treinta kilómetros—revueltos con el polvo superficial de la tierra, a merced de los perros, a merced del sol, más hiriente que ningún arma, a merced de los rifeños, cercenadores y mofadores de cadáveres. Allí están los ingenieros y los obreros de las minas; los oficiales que se suicidaron—elegancia de la desesperación—, las mujeres de las cantinas y de los guardias civiles, con los pechos cortados; los soldados asesinados a mansalva por los desertores de la Policía indígena; los Regulares, caídos lealmente;

muchos miles de muertos, un reguero de ciento treinta kilómetros. Todos pudriéndose al aire libre, sin la paz que da la tierra honda, salvo ese niño que enterraron vivo en Nador a presencia de sus padres.

La verdad oficial ignora todo esto. La verdad oficial dice «Desaparecido». Cuando acude un viejo tembloroso o una señora dignificada por su velo negro, a su pregunta responde la verdad oficial: «Desaparecido».

Ellos saben que «Desaparecido» quiere decir «Muerto». Pero ¿dónde está él, hijo o esposo? Salen las siluetas enlutadas a lo más adelante y se ponen a mirar hacia allá, como si esperasen ver venir su muerto, espectro profanado, para que lo acogiesen los brazos de los suyos y le curasen esa última herida que se le puede hacer al que no vive, que es despreciarle.

No viene, no se sabe de él. ¿Cómo murió? ¿Hacia qué lado yacerá? ¿Solo? ¿Con sus hermanos de armas? Esos padres y esas esposas se ponen a buscarlos.

Como un hombre al cual se le cayó una perla en el mar, llaman a un buzo experto en las corrientes y en los fondos. Parlamentan con un moro de la plaza, con un moro amigo; le hablan, le suplican, le lloran, le dan todo su dinero. El moro, con un nombre escrito en un papel sale misteriosamente de Melilla.

Pasan unos días de espera. Los buscadores de muertos sienten que cierta idea, como una lucecita bajo una bóveda oscura, comienza a destellar claridad y se debate contra la espesa sombra «¿Y si vive? ¿Y si está prisionero?» Esperan al moro amigo cansando los nervios a fuerza de mirar, a fuerza de andar; combatiendo la amargura a fuerza de esperanza.

El moro amigo vuelve. No se sabe. No se le encuentra. Necesita más datos: regimiento, compañía, posición, día de la muerte.

Los buscadores inquietan entre los soldados. Recorren campamentos y cuarteles. Por fin hay un soldado de su sección, el único que ha quedado de ella en uno de los fuertes exteriores. El soldado se ve de pronto rodeado, halagado, acariciado por los buscadores: come con ellos, le llevan en coche, le regalan con banquetes, le equipan. A cambio de todo eso—¡por favor!—un solo detalle.

El soldado no puede decir nada; hacían mucho fuego; el oficial les animaba; al salir de la posición los moros se echaron encima; eran miles; perdió de vista al teniente...

El moro amigo vuelve al campo propiedad hoy de los moros. Ya se sabe que vivía cuando se perdió Dar-Dríus, o Arruit, o Igueriber. El también se convierte en un buscador de muertos y revuelve las carroñas desechas, a ver si un dato cualquiera, un número, una medalla, le enseñan quién es aquel resto de hombre. Vanamente. Todos han sido desnudados de todo, hasta de los ojos.

Al volver, bajo la blanca capucha de la yii-la-ba, insinúan su sonrisa diplomática y blanca. No le encuentran, no saben, devuelven el papel, se van con la ganancia.

No desesperan las madres, las viudas, los ancianos.—«Me dice el corazón que está vivo»—aseguran todos. Aquella lucecita débil asolea ya su alma. Está vivo para ellos. Dejan de buscarle. Ahora solamente le esperan.

Cuando el avance llegue hasta la última posición, se le encontrará en el camino; quizás logre escaparse antes. Esperan, esperan los buscadores de muertos.

Estarán aquí toda la campaña. No se quitan el luto por timidez social y por lo que tiene de significado de dolor. Su dolor es la tardanza. ¡Que se avance pronto! Animan a los generales, les rodean, les alientan febriles. Las tardes de combate, al regresar, ya caído el sol, están esperando a las fuerzas en la posición más avanzada. Apenas llegan los que se han batido, les preguntan:

—¿Han muerto muchos? ¿Habéis matado muchos?